

Elegir y ser

Prólogo de Paloma Bravo

«La maternidad desde el punto de vista científico». Así, de una forma tan abstracta, me resumieron el proyecto antes de que el libro estuviera escrito. Al colgar el teléfono, repasé todo lo que en mi cerebro llevaba ese doble etiquetado: #ciencia y #maternidad. «Solo biología. La ciencia de la vida...» me acotaba la cabeza, o bien: «Pero esa es la maternidad de una hembra de cualquier especie...».

Mi cerebro no es científico, pero sí terco. Seguimos buscando juntos y, tímidamente, empezaron a asomar otras ciencias, disciplinas e ideas: la medicina y la fecundación in vitro, la selección genética, la interrupción voluntaria del embarazo; la psicología y el amor incondicional; la depresión postparto; el duelo y el derecho (que también es una ciencia o, mejor dicho, una técnica, la de saber usar las leyes), y la justicia o injusticia con las madres y padres que quieren y no pueden tener hijos, que no quieren y se les obliga, que no deberían y siguen siéndolo, que...

Pensé en mi maternidad. Una maternidad que empezó científica porque mi amigo J., un extraordinario genetista, testó en mi líquido amniótico nada menos que veinte mil enfermedades. Una maternidad que luego ya fue y es emocional, íntima, peleada, luminosa, pero nunca redentora, como esas legendarias: «¡Por fin soy madre y ya no quiero ser nada más!». Fui y soy madre, y sigo siendo yo: ciudadana, escritora,

amiga, hija, hermana, rebelde, mujer... Siempre intentando ser más libre y mejor persona.

Cuando leí los relatos, por fin recordé lo más relevante que ha hecho la ciencia por la maternidad: inventar la píldora anticonceptiva y, así, lograr que sea voluntaria.

La madre de «Mandarinas» lo fue por presión externa, aunque lo que quiere es estar sola. Y eso que desde mediados del siglo pasado las mujeres podemos elegir. «¿Tengo hijos o no? ¿Los tengo con este hombre, con un desconocido, con una mujer...?»

Pero elegir y asumir tus elecciones es difícilísimo. Y más esta que es para toda la vida. «Maternidad. Maternidad. Maternidad». Eso oímos desde pequeñas, como una condena. «Un día tendrás que pronunciarte sobre la maternidad, sobre tu maternidad».

Hay personas, igual que en «Andrea en la marina», que se ponen a la cabeza de la manifestación y sueñan a sus hijos, los imaginan y los quieren desde siempre.

Hay algunas, como las de «La ladrona de rosas» que ven en el embarazo la excepción de la vida en un mundo lleno de muerte. Y otras, creo que casi todas, que ven el bebé como lo cuenta Clara Grima en «El infinito»: una «mezcla muy agradable de euforia y prudencia, de amor y miedo».

Pero los niños crecen. Y ser madre no tiene pausa, ni botón de rebobinado, ni posibilidad de cambiar al hijo en unos grandes almacenes.

Se es madre todo el rato, para siempre. De un hijo que tienes que educar y convertir en un ser humano bueno, generoso, inquieto, comprometido. De un hijo que tiende a absorberte como un agujero negro, sin límites en sus demandas de tiempo, atención, cariño. De un hijo para el que siempre querrás que tenga paz, como cuando de bebé, bien abrazado, el latido de tu corazón bastaba para calmarlo.

Ser madre agota y, además, hay que seguir siendo una misma.

Las parejas ya no son para siempre. Y aunque lo fueran, con o sin pareja, relatos de este libro demuestran que la maternidad, y la paternidad, como la de «El jardinero desubicado» es un ejercicio solitario.

Hace ya muchos años, en aquellas familias numerosas que tanto le gustaban a la dictadura, los hermanos eran siempre varios y los padres, dos. Ahora no. Eres madre. Eres padre. No sois padres. Él es hijo, ella es hija. Sin hermanos. O con pocos. O con hermanos que no son hijos de los mismos padres. O con padres que no lo son, como en el emocionante relato «Más».

Pero solos.

Como sola cambia de idea la protagonista de «Instinto maternal». Sin consultar a su pareja. Con ganas de mirar a un hijo como su amiga mira al suyo, con un amor y una comprensión total. Deslumbrada por un fogonazo de la maternidad que no es ni será jamás toda la foto.

Con la palabra resonando en su interior. «Maternidad. Maternidad. Maternidad». A veces dan ganas de rendirse: «Si te callas, soy madre».

«¡Es tu cuerpo!», nos alientan los progresistas. «¡Decide!», «ya, pero... ¿no podría alguien decidir por mí?». «Casi todas las mujeres han sido madres sin pensarlo y casi ninguna se queja», alegan los conservadores. O como le dicen a la madre de «La espera»: «No eres la primera ni la última».

Ir contra la mayoría siempre ha sido difícil, pero elegir y responsabilizarte de tu elección (perdón por la insistencia), es una heroicidad.

Que otras mujeres sean madres no consuela. No son las madres de tu hijo. Esa eres tú. Solo tú. Su única madre, disponible como las urgencias: veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Toda una vida haciendo guardia.

Igual que solo tú, y toda la vida, eres la madre de los hijos que no has tenido.

Las madres de estos relatos trabajan. Unas obligadas por las máquinas, como en la plausible y distópica «La Granja»; otras aprovechando el metro vacío, como en la fábula de «Lala». Pero siguen siendo madres.

Todo el rato.

Pero, además, se tienen (nos tenemos) que obligar a seguir siendo personas. A ser nosotras mismas. A sernos fieles. A vivir una vida libre, valiente y plena.

Lo intentamos, pero yo reconozco que cuando me preguntan mi edad, pienso siempre instintivamente en la que tenía cuando nació mi hija. Ahí me quedé y desde ahí me arrastro todos los días al presente y a mi vida.

Y ese es el aprendizaje más científico de este libro: como la naturaleza en los pueblos abandonados, entre la maleza de la maternidad, siempre se abre paso nada menos que la vida.